

# **EL ESPEJO**

**MANUEL ESCALANTE V,**

***LIMA, JUNIO DE 1,999.***

## EL ESPEJO.

Eran las 17.30 horas de una tarde del mes de junio que mostraba ese gris otoñal tan típico del cielo limeño cuando, en pleno padecimiento de un severo proceso infeccioso, me sucedió algo realmente extraordinario, algo que va más allá de la racionalidad y de la lógica.

A la hora indicada estaba echado boca arriba en mi cama padeciendo una enfermedad cuyo nombre –impresionante, por cierto- no quisiera recordar, pero lo suficientemente rimbombante como para justificar los significativos honorarios profesionales del especialista que me atendía en casa.

Se trataba de una virosis –tromboflebitis, me dijo el doctor- que había alterado todas mis reservas orgánicas al invadir mi organismo como si se tratara de una exitosa intervención militar. Por supuesto, en un alarde de mi desvalida imaginación la denominé “Operación Calendario de Nazca” (°) con la evidente intención de ir descontando los días de mi enfermedad en la medida que ellos transcurrieran. Contrariamente, sin ninguna intención evidente, bauticé al general victorioso con el nombre de Nicomedes Hermosilla Lagos (°).

Como resultado de mi dolencia debí permanecer postrado y en descanso absoluto durante sesenta aburridísimos días, con una de las extremidades inferiores mostrando una considerable y preocupante hinchazón que me cubría desde la rodilla hasta el pie. En la medida que el virus invasor estuvo siendo erradicado de mi cuerpo –mismo campo de batalla- mediante un bombardeo sistemático de antibióticos, mi metabolismo fue restituyéndose y a la vez disminuyendo, en alarmante regla de tres directa mi nunca saludable cuenta bancaria.

Tal como decía, a la hora indicada y echado boca arriba, fui inducido, por acción directa y única de la tediosa programación de la

televisión local, a esos estados que lindan entre lo consciente y lo inconsciente, entre el día y la noche, entre lo normal y lo subnormal. Es decir, en el limbo, en el filo de la navaja, en la “materialización de lo neutro”. Una leve inclinación, en tal o cual sentido, y uno puede ser calificado, clasificado y hasta descalificado. Estaba pues en esa situación (similar a la de los políticos que, en pleno proceso eleccionario, tienen que optar por un bando y las encuestas no ayudan sino más bien complican y dificultan la decisión) cuando, repentinamente el techo de mi habitación quedó convertido, como por arte de magia, en un enorme espejo en el cual yo aparecía remotamente aislado en una esquina y asumiendo la forma de un pequeño proyector de luz. Por puro amor propio no he querido anotar que, en realidad, emergía como un minúsculo punto luminoso; digamos, un foco de 25 vatios.... pavonado.

Ante este insólito acontecimiento, abandonando mi estado de “materialización de lo neutro”, pasé definitivamente al estado consciente; en otras palabras, me puse a reflexionar y a tratar de encontrar una explicación –claro está, no pretendía que fuera científica, pero por lo menos lógica- a esa mutación que sufría un vulgar y corriente cielo raso hasta convertirse en reluciente espejo,

Prestamente acudieron a mi mente las, siempre complicadas, clases universitarias de Física, capítulo Óptica; por supuesto, sólo conseguí una soberana frustración. Pero, con natural asombro, observé en el espejo la presencia de imágenes fugaces y difusas; percibí borrosamente, como a través de una espesa niebla, el antiguo local de la Universidad y algunas otras escenas familiares de aquella lejana, turbulenta y añorada época estudiantil. Me quedé, pues, perplejo; estaba ante un espejo que no repetía las imágenes colocadas delante de él, reflejaba recuerdos.

Pasaron varios días y volvió a suceder la misma mutación; en esta oportunidad estaba bastante entretenido recordando hechos agradables y graciosos que me habían ocurrido en el pasado. (Esta era una forma de auto defensa que había ingeniado para derrotar al aburrimiento cuando ni la lectura ni las palabras cruzadas cumplían ese cometido).

Para mi asombro, en el espejo -es decir, el techo mutado- distinguí, con toda claridad, cómo mi amigo “El Colo” -cuarenta años atrás- salía despedido del jeep descubierto que conducía, al voltear una bocacalle, en plena ciudad de Piura. “El Colo” empezó a correr detrás de su vehículo, el mismo que concluyó su incontrolado recorrido de cincuenta metros con un poste de alumbrado eléctrico empotrado en su parachoques delantero convirtiéndolo en un perfecto ángulo recto. Llegado, “El Colo” se puso a llorar desconsoladamente abrazándose a su siniestrado parachoques y todos nosotros -éramos cinco- a morirnos de la risa. El caso es que estábamos festejando a Solón -uno de los cinco- porque su esposa, a quien habíamos ido a visitar al hospital, acababa de dar a luz al primogénito de ambos. Solón requirió unos cuantos puntos para suturarle la frente y fue el único lesionado en esta singular aventura que mi techo-espejo había expuesto con lujo de detalles como si se tratara de la pantalla de un cine mudo y como si el percance hubiese tenido lugar el día anterior. Debo indicar, a modo de colofón, que la esposa de Solón, para demostrarnos su indignación y justificado enojo, no nos dirigió el habla por espacio de varias semanas.

Después de esta gratificante experiencia, todos los días a la misma hora esperaba ansiosamente, con evocaciones seleccionadas en mi mente, la llegada del techo-espejo para que reprodujera esas añoranzas. Este hecho ayudó mucho en mi proceso de recuperación y la tornó más llevadera pues establecimos un lenguaje: yo aportaba mis reminiscencias y él sus imágenes.

Las remembranzas, cuando tristes, motivaban visiones fugaces y borrosas como no queriendo repetir las. Por el contrario, cuando ellas eran alegres, dulces, gratificantes excitaban tanto al techo-espejo que parecía querer compartirlas con sus reflejos, sus brillos, su diafanidad. Las evocaciones sentimentales -llámense familia, amoríos, amigos- las reproducía con visiones plenas de colorido, entusiasmo y ternura. Pero, cualquiera que el recuerdo fuera, mi techo-espejo lo exponía inyectándome la necesidad de vivir y de recuperarme lo antes posible.

Como mencioné, transcurridos los sesenta días fui dado de alta y pude restituirme a mis quehaceres habituales. A manera de revancha, lo primero que hice fue proceder a dar de baja a mi agonizante cuenta bancaria.

He pretendido muchas veces, a la misma hora, coincidir con mi techo-espejo pero él ha brillado por su ausencia. Sin embargo, me reconforta pensar que andará muy atareado ayudando a otras personas tan necesitadas de apoyo y de compañía como yo lo estuve en aquella oportunidad. No obstante, estoy seguro, muy seguro, de que algún día nos volveremos a encontrar.

Hasta entonces, amigo.

Lima, junio de 1,999.

(°). Es una clara alusión a la operación militar "Chavin de Huantar" y al general que la comandó.